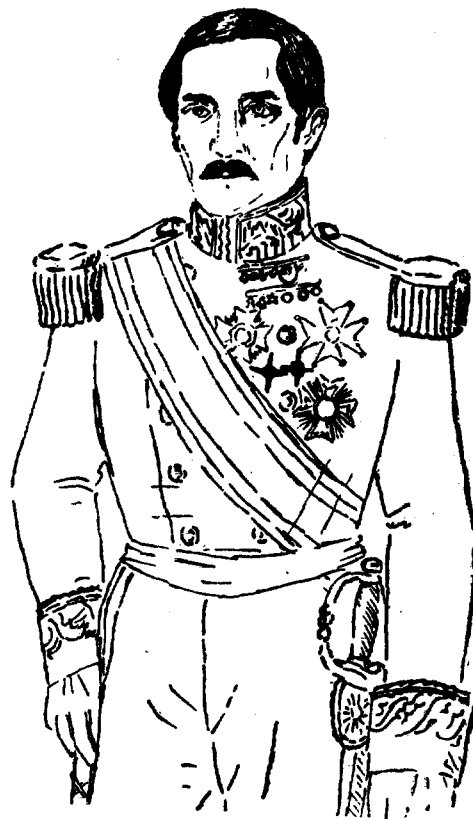


Historia y arqueología

D. Santos Ladrón de Cegama,
Primer Caudillo de Navarra
en las luchas civiles

Por Rafael Gamba
Catedrático



LA SIGNIFICACION ACTUAL DE NAVARRA

A pesar de que Navarra fué el núcleo central de las contiendas civiles del pasado siglo, y aunque su nombre quedó indisolublemente unido al significado ideológico de uno de los bandos, el caudillo realista universalmente conocido no fué navarro, sino guipuzcoano.

Sin embargo, otro jefe de primera magnitud, antecesor riguroso de Zumalacárregui que había luchado a sus órdenes, y primera figura cronológicamente en estas guerras, fué navarro, y ha resultado injustamente preterido, hasta el extremo de ser hoy, aquí mismo, desconocido por el que no sea erudito.

Me refiero a don Santos Ladrón de Cegama, héroe de la Independencia, verdadero jefe militar de los navarros en la primera guerra civil de España (1821-23) e iniciador del alzamiento carlista de 1833 en el que halló, por circunstancias desgraciadas, prisión y muerte.

Es frecuente en el navarro propender a la historia medieval como única fuente de inspiración patriótica, a la vez que ignora en muchos casos esa historia militar y política del siglo pasado cuyo estudio se considera relegado a unos pocos o a un partido. Como si en la última centuria no hubiera asumido Navarra la dirección o preponderancia en un movimiento de repercusión nacional, ni su nombre estuviera indiscutiblemente unido a esa significación y ejecutoria.

Muy rica podrá ser, por ejemplo, la historia medieval de la Vendée, pero su nombre vivirá siempre asociado a la heroica lucha de los «chuanes» por la legitimidad monárquica. Caso semejante es el de Navarra para el mundo de hoy. Pero, por un regionalismo estrecho y mal entendido, muchos tratadistas navarros de las luchas civiles destacan en ellas más la cuantía de la aportación y el aspecto foral que la profunda idea española y aún universal que aquí encontró brazos generosos y fué móvil decisivo. Alguien ha dicho al respecto que, en nuestra edad, ha sido Navarra la continuadora de la función de Castilla en otro tiempo, unificadora, armónica, generosa, abierta...

LA ESPAÑA DE COMIENZOS DEL XIX

Mucho se ha hablado del abso'lutismo de los Borbones, contraponiéndolo al espíritu representativo, foral y popular de la primitiva monarquía española, y colocándolo, como error político, en pie de igualdad con el Liberalismo del siglo XIX. No voy a negar aquí la decadencia en que, a principios del siglo pasado, se hallaba el régimen representativo en España, ni las tendencias autoritarias que en el gobierno y la Corte se dejan sentir; pero en la realidad nada de esto llegaba al pueblo que mantenía su misma libertad política y seguía viendo en el Monarca la personificación de cuanto sintiera y aclamara a través de su Historia. A pesar de las tendencias enciclopedistas dominantes en la Corte, pueblo y monarquía habían luchado juntos en 1793 contra la Revolución Francesa; y, en 1808, a pesar de las torpezas y claudicaciones de Bayona, el pueblo en armas no tomó mas que

una bandera y no tuvo más que una aspiración política: la monarquía y, en ella, la Casa de Borbón, sus legítimos soberanos. Tras de apurar todos los sufrimientos, ningún pueblo aclamó con más emocionado fervor a su soberano que los españoles de la Independencia a Fernando VII.

Y esta comunión en un general sentimiento había logrado instaurar entre nosotros la única monarquía que ha existido de estructura profundamente familiar, algo que podríamos llamar una monarquía popular.

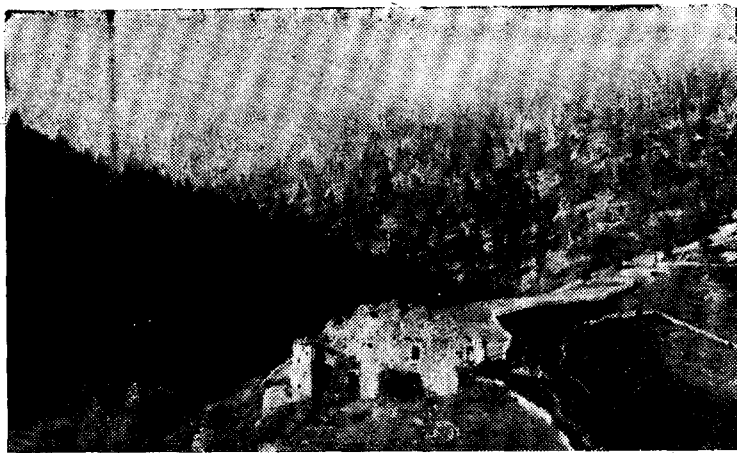
Aspera y nada fácil hubo de ser, en un pueblo así, la implantación del régimen constitucional acto seguido de la guerra de Independencia. Un régimen político que reconocía el origen del poder en la voluntad mayoritaria del pueblo, y que representaba en política análoga subversión que la reforma protestante en Religión, había de chocar inmediatamente con su conciencia. Aunque en aquellos momentos no se viera—y menos por parte de las clases populares—esta profunda significación ideológica del Liberalismo, las reformas constitucionales encontraron, desde el primer momento, una repulsa casi general. El común sentir del pueblo veía en ellas una traición urdida contra su legítimo soberano durante su ausencia y presentía que su implantación acabaría con un orden secularmente establecido y santificado por la fé de sus antepasados.

A los siete años de la retirada de las tropas francesas comienzan nuestras guerras civiles que, a través de más de un siglo, culminan en la de 1936, y entrañan una profundísima escisión espiritual que constituye, aún hoy, la médula de nuestro problema nacional.

Los historiadores suelen presentarnos este ciclo de guerras, que se extienden desde 1793 hasta nuestra Cruzada de Liberación, como heterogéneas y desconectadas entre sí: La de 1793 como respondiendo a motivos nacionales de política exterior, la de la Independencia como defensa contra el invasor, las carlistas como provocadas por un pleito dinástico. Todo esto es, sin duda, cierto; pero existe además, y sobre todo, un elemento religioso y político que es sustrato común de todas ellas y hace que pertenezcan a un mismo ciclo histórico con fines y alicios comunes.

Y esto puede demostrarse precisamente mediante el conocimiento de una guerra casi olvidada y desconocida hoy, que tiene lugar entre la guerra de la Independencia y la primera carlista, uniendo a ambas en una continuidad de pensamiento y de acción. Me refiero a la sostenida de 1821 a 1823 por los partidarios del antiguo régimen católico y monárquico contra los liberales que, tras el alzamiento de Riego en 1820, habían impuesto a Fernando VII la Constitución del Doce.

En ella no hay un motivo de política exterior, pues en este periodo España está ausente de la vida internacional. Tampoco responde a una invasión extranjera, antes al contrario, se llega en ella a una colaboración con la Francia de Luis XVIII que culmina con la entrada de los Cien Mil Hijos de San Luis. Ni se ventila pleito dinástico alguno ya que los dos bandos reconocen



La Casa Real de Irati, fortín fronterizo situado en el lugar de e^e nombre que sirvió a los realistas de refugio y de depósito para la introducción de armas desde Francia. En su interior funcionó durante la guerra una pequeña fábrica de municiones dirigida por el párroco de Burguete y se editó el primer periódico realista, «La Verdad contra el error y desengaño de incautos».

como Rey a Fernando VII. Por eso he dicho que es clave para la inteligencia de este proceso histórico.

A través de su íntima continuidad se prolonga, en cierto modo, el drama inacabado de las guerras religiosas del siglo XVI y prosigue el auténtico sentido de nuestra historia que, a partir de la Independencia, no podría ya entenderse en una historia política desde Madrid, sino en una historia popular, vista desde el monte y la guerrilla.

Navarra toma parte activa en todas estas luchas. Las dos primeras son, en cuanto a la participación humana, íntegramente nacionales, aunque en la de 1793 alcanza Navarra un puesto relevante por su posición fronteriza. Pero es desde que el mal está dentro, desde que se convierten en civiles estas guerras religioso-políticas, cuando Navarra adviene su centro de gravedad y abanderada de la idea, a la vez castiza y universal, que había sustentado nuestra patria a lo largo de su historia.

Como es sabido, a la vuelta del destierro, Fernando VII anuló las reformas introducidas durante su ausencia por las Cortes de Cádiz, lo que fué acogido por el pueblo con general satisfacción; pero no habían pasado seis años, cuando una defección militar inspirada por las sociedades secretas, y a favor de las ruines pasiones que puede producir el miedo en unas tropas que tenían que embarcar para América—la del coronel Riego—logra imponerse al Rey que—mas o menos por fuerza—opta por jurar la Constitución del Doce.

Desde ese momento el monarca llamaría a los ministros «sus carceleros», y el pueblo realista—que entonces constituía las cuatro quintas partes de la población—lo consideraría prisionero de una facción.

La historia de los tres años siguientes constituye una interminable serie de persecuciones, violencias y crueldades de todo género, sobre un fondo de anarquía casi absoluta.

Secularización de monasterios, destierro y asesinato de obispos y sacerdotes, matanzas en masa de realistas, dominio casi absoluto de las sociedades secretas sobre los gobiernos, dan la tónica de estos tres años en los que llegó a parecer España, en frase de Menéndez Pelayo, «un presidio suelto».

Al año de esta situación ya hervía la guerra en los campos de España. «Una guerra—dice Menéndez Pelayo—feroz y sin cuartel ni misericordia, en que los jefes revolucionarios parecían andar a la puja en matanzas, devastaciones, saqueos y brutalidades de toda laya». Desde Madrid el Rey alentaba, en cuanto podía, los proyectos de sublevación al mismo tiempo que, mediante sus agentes en Francia, gestionaba la intervención de la Santa Alianza.

PRIMEROS CHISPazos Y PREPARATIVOS DE GUERRA

Aunque con anterioridad se hubiesen registrado chispazos fracasados, como el del cura Merino en las montañas de Burgos y algunos en Cataluña, el primer alzamiento serio fué el de Navarra el 11 de Diciembre de 1821. La guerra que entonces comienza en este Reino, aunque articulada en algunos momentos con la de Cataluña, y en dependencia, al menos nominal, de la Regencia de Seo de Urgel, forma una unidad en su desenvolvimiento y en ella actúa el ejército más importante de los que organizaron los realistas.

La primera acción bélica de alguna significación realizada por las partidas realistas de Cataluña fué la toma de Olot por el guerrillero Costa el 21 de Abril de 1822. Mas el comienzo efectivo de la guerra en aquella región, coincide con el alzamiento popular de la ciudad de Cervera y su comarca, de

7 al 9 de Mayo, poco después de la entrada de Romagosa y el Trapense, es decir, con posterioridad al alzamiento navarro.

Una y otra campaña—la de Navarra y la de Cataluña—participan del carácter espontáneo y anárquico que tuvieron las Juntas Supremas de la guerra de la Independencia. Si bien los jefes navarros, mediada la guerra, reconocieron formalmente la Regencia por entonces establecida en Seo de Urgel y realizaron una breve expedición de ayuda a los catalanes, su acción permanece en rigor, desconectada de la de éstos hasta poderse escribir, a raíz del advenimiento de la paz, sendas historias de una y otra guerra en la que apenas se aluden recíprocamente. (1)

Pero la de Cataluña termina desgraciadamente por la acción brutal de Espoz y Mina que lleva la guerra a sangre y fuego, al paso que en Navarra triunfan prácticamente los realistas que, cuando entran los Cien Mil Hijos de San Luis, dominaban toda la región excepto la capital.

Los primeros conspiradores y organizadores del Ejército de la Fé fueron don José Joaquín Melida, abad de Barasoain; don Francisco Benito Eraso, de Garinoain; Licenciado Joaquín Lacarra, canónigo de Pamplona; don Manuel Uriz, de Sada; y, como elementos militares, capitán don Juan Villanueva y el Teniente Coronel don Santos Ladrón de Cegama que, como hemos dicho, fué el verdadero caudillo de esta guerra.

NUESTRO HEROE

D. Santos, de noble familia de Lumbier, nació en esta villa en 1784. Había tomado parte en la guerra de la Independencia como uno de los más señalados guerrilleros, cubriéndose de gloria y alcanzando el grado de Teniente Coronel. Hombre serio, firme, valiente hasta la temeridad, no perteneció a aquel grupo de militares que, contagiados del espíritu de los napoleónicos, aprendieron a hablar de derechos del hombre, de limitación del poder despótico y de libertad, así como a admirar el imperalismo y el culto a la fuerza de los invasores, en contraste con los sentimientos pacíficos y apegados a la tierra del guerrillero popular español. Antes bien, permaneció constante en aquel sentimiento de fidelidad a su Rey que fué aglutinante de nuestro pueblo y virtud primera del Ejército, así como a la fé religiosa de su familia y ambiente.

Al advenimiento del régimen constitucional se retiró a su casa de Lumbier desde donde se sintió llamado a defender en una empresa inverosímil a la Religión y al Rey.

LA PRIMERA GUERRA RELIGIOSO-POLITICA DE ESPAÑA

Reunidos en Barasoain los señores antes mencionados, se constituyeron en Junta de Guerra. Su primer empeño fué hacerse con armas, pero no tuvieron éxito en un principio las gestiones realizadas para adquirirlas en Francia. Sólo Eraso, alcalde a la sazón de la Valderba, consiguió hacerse con 300 fusiles destinados por el gobierno a las milicias nacionales que se creaban con vistas a una posible guerra. Y con estas armas hubo de comenzarse el levantamiento, ya que fué preciso precipitarlo debido a un grave motín ocurrido en la ciudad de Sangüesa en que el pueblo arrancó y destruyó la placa que daba el nombre de «la Constitución» a la plaza principal.

Esta primera intenciona fracasó a causa de la penuria extrema en que se vieron las improvisadas columnas, especialmente la falta de calzado para un tiempo frío y lluvioso. Pero, tras la introducción de armas y munición desde Francia, en un fortín fronterizo del bosque del Irati, al comenzar el verano siguiente, tuvo lugar en Uztarroiz (Valle de Roncal) la organización y encuadramiento de la que desde entonces se llamó División Real de Navarra. Allí se entregó el mando supremo al general don



Uztarroiz, villa fronteriza lindante con Francia, en la que tuvo lugar el primer encuadramiento de la División Real.

Vicente Jenaro Quesada, y se reconoció por su segundo a don Santos Ladrón.

Enseguida comienza la persecución de la incipiente fuerza por las columnas enviadas por el gobierno de Pamplona y provincias limítrofes. Su defensa y acción estribaba en agotadoras marchas a través de toda Navarra en las que recorrian a diario distancias enormes, riñendo de vez en cuando combates defensivos. En varios de éstos (Vidangoz, Aspurz) la intrepidez de don Santos logró salvar la situación y conquistar así el entusiasmo y la adhesión fervorosa de sus voluntarios. La crónica de don Andrés Martín refleja estos sentimientos en todas sus páginas.

Con esta táctica salvan el efectivo, cansan al enemigo, levantan el espíritu en todo el Reino, a la vez que reciben constantes incorporaciones de voluntarios, y se reservan siempre para la sorpresa audaz y fructífera.

En todas partes encuentran un entusiasmo religioso en las gentes. Todos les ayudan, y los curas en primer término.

Tras diversas peripecias, en alguna de las cuales tiene que refugiarse la División en la zona abrupta y desértica de la Peña Ezcaurre donde atraviesa momentos dramáticos, se presenta en Navarra el guerrillero Antonio Marañón «el Trapense» procedente de Cataluña y al frente de un grupo de voluntarios reclutados a su paso por el Alto Aragón. Trae la nueva de haberse constituido en Seo de Urgel una Regencia que obraría durante la guerra «en nombre del prisionero monarca»; y solicita la ayuda de la ya famosa División para el afianzamiento de la zona pirenaica catalana en poder de los realistas.

Y sin detenerse a considerar que dejaba sus propios campos expuestos a la voracidad de las exterminadoras columnas constitucionales, allá marcha la División, a través del Alto Aragón, hasta Tremp y Seo de Urgel, donde dos miembros de la Junta cumplimentan a la Regencia. A su regreso logra en Benabarre su primera gran victoria destruyendo la columna del coronel Tabuenca—el más cruel de los jefes enemigos—que había ido en su persecución. Casi toda la columna es hecha prisionera, y el propio coronel paga con la vida sus anteriores mantanzas.

Durante la ausencia de la División, la Junta de Guerra, para mantener en lo posible la situación en Navarra, formó una pequeña fuerza a cuya cabeza se puso el heroico Tte. Coronel Arredondo, jefe de la escolta que acompañaba a la junta; y esta diminuta columna, con una audacia insuperable, había logrado increíble victoria en Pueyo sobre una importante columna constitucional mandada por el propio Gobernador Militar de Pamplona General Espinosa.

De regreso la División, es acogida con el mayor entusiasmo, y en Lumbier (19 de Octubre) se le une la fuerza de Arredondo. Pero, al poco, en una expedición hacia Vitoria, sufre la División un peligroso revés en Nazar, acción que cuesta la vida a Arredondo, y cuyo fracaso fué generalmente atribuido a descuido de Quesada.

MANDATO DE DON SANTOS

Ello motiva la retirada a Francia del General dejando el mando de la División a don Santos Ladrón que, desde entonces, tendrá la efectiva responsabilidad de la guerra, excepto en una corta temporada en que el General don Carlos O'Donnell (padre del futuro Duque de Tetuán) se hizo cargo del mando por orden de la Regencia, pero hubo de abandonarlo al no poder resistir las penalidades extremas de aquella campaña.

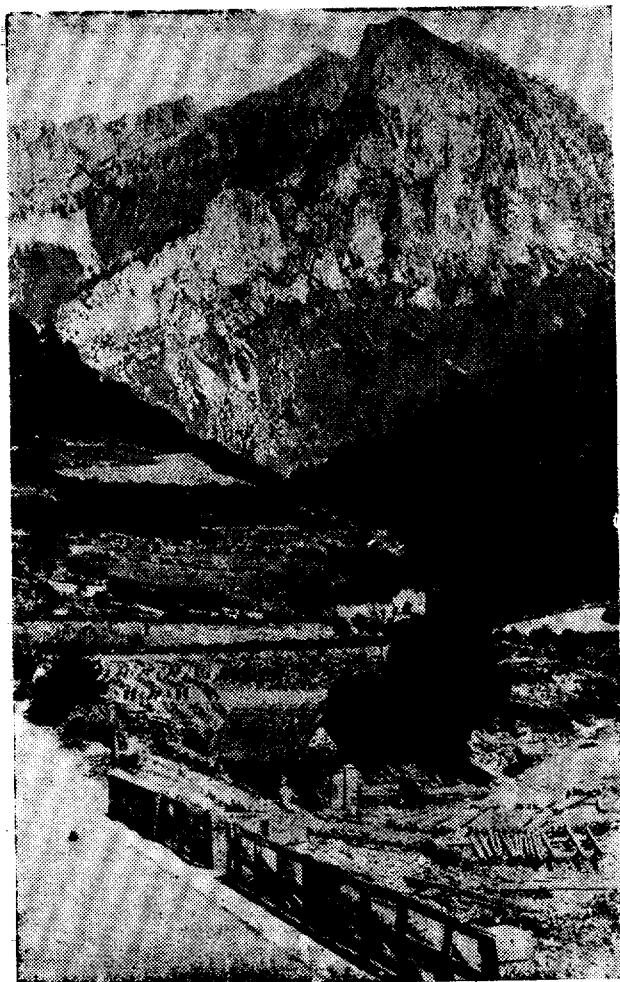
A todo esto la guerra llegaba a su máximo de dureza y crueldad. El veinte de Enero, estando don Santos con dos batallones en Sangüesa, se enteró de la proximidad de las fuertes columnas enemigas de Espinosa y Joaquín de Pablo (Chapalangarra). Da orden de salir inmediatamente al campo, pero se le adelantó inopinadamente la caballería enemiga irrumpiendo en el puente que hay a la salida de la ciudad sobre el río Aragón. Entonces don Santos, poniéndose al frente de los suyos, avanza con ímpetu tan arrollador que rechaza al enemigo hacia el portal de la ciudad, ganando el tiempo necesario para que la columna se retire en orden y sin bajas.

Por esta época toda la población rural respondía ya a la sublevación, militando en sus filas o ayudando desde sus hogares. Pero el jefe realista quería más: su aspiración era aislar totalmente a Pamplona y ejercer sobre ella un verdadero bloqueo, para lo que intensifica las operaciones.

VICTORIA

Tras una victoriosa expedición a Huesca, durante la cual el batallón del entonces comandante Zumalacárregui quedó en la montaña para proteger la zona del valle de Roncal, donde los realistas tenían sus hospitales de sangre y cuarteles de prisioneros, don Santos entrevió la posibilidad de dar una batalla definitiva a las columnas enemigas que las imposibilitaba de salir de la capital.

Entonces inicia una operación maestra en que se acreditó de gran estrategia y tuvo ocasión de utilizar una vez más la ya famosa impetuosidad de sus ataques. El 26 de Marzo arrolla en



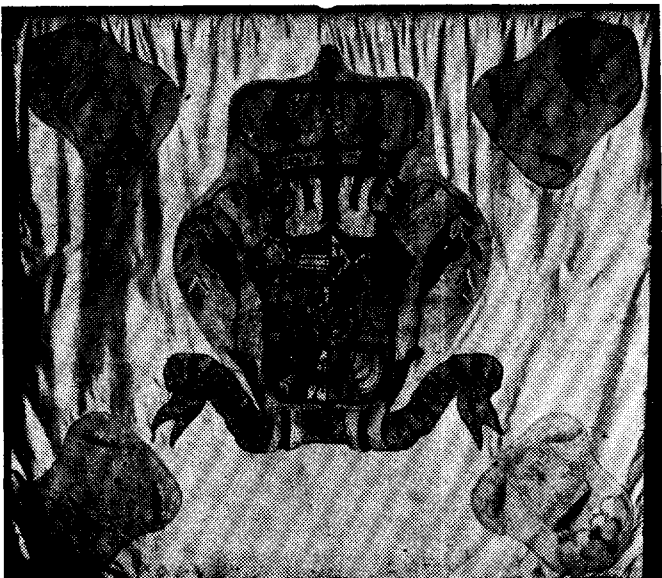
La Peña de Ezcurra (2.050) entre los Valles de Roncal y Ansó, en cuyos inhóspitos parajes tuvo que refugiarse la División, que atravesó allí momentos de extrema penuria.

Urdaniz a la columna de Salcedo que, replegada desordenadamente a Larrasoana, cae en su totalidad en manos de los realistas. Pero, viendo que salía de Pamplona en su socorro una nueva columna mandada por Chapalangarra, toma posiciones en el monte de S. Cristóbal y cae sobre ella con tal rapidez y furia que, tras sangriento encuentro, la pone en fuga desbandada, hasta refugiarse los supervivientes en el recinto de la plaza de donde ya no volverían a salir. Caen allí en más de 300 los muertos y 700 los prisioneros cogidos en esta batalla.

Después de esta victoria, el ya Brigadier don Santos Ladrón dirige un manifiesto a sus hombres en el que, entre otras cosas, les dice:

«Soldados: Bien sabéis que, al eco de la guerra resonado en este Reino en Diciembre de 1821, abandonando intereses, grados, conveniencias, y la vida misma, corrí de los primeros a ponerme al frente de las banderas de la lealtad, a cuya sombra juré con vosotros vencer o morir en obsequio de Dios y el Rey contra esa facción impía y regicida. Desde aquella época no es posible enumerar los lances terribles de peligros y desvelos, privaciones y amarguras que ha padecido a vuestro lado... por la conservación de la sociedad política cristiana... Hoy habéis coronado vuestras armas de palmas y laureles..., habéis roto una de las cadenas que aprisionan a nuestro suspirado Fernando; y la España realista os tributará algún día los justos aplausos que se os deben... Pronto veréis coronada vuestra árdua y magnífica empresa de salvar la Religión, el Rey y la Patria, de la Revolución... Vosotros podéis gritar en alta voz: Confíados en el Señor de los Ejércitos y en la inocencia de nuestra causa, hemos principiado y acabado una guerra, la más difícil, pero la más justa y santa que jamás conocieron nuestros padres. Loores eternos a Dios, al Rey, a la Patria y a la Regencia... Santos Ladrón.»

Inmediatamente la División Real pone sitio a la plaza de Pamplona. Por fin, el 7 de Abril, entran en España los Gien Mil Hijos de San Luis sin tener que disparar ni un tiro porque toda la zona estaba en poder de los realistas y los pueblos los recibían con entusiasmo. Durante el sitio de Pamplona, don Santos, con parte de la División y una columna francesa, marcha a Zaragoza y de allí a Monzón—último refugio de los revolucionarios en esta zona—cuya rendición consigue tras corto sitio.



Bandera perteneciente a la División Real de Navarra.

Y al cabo—el 16 de Septiembre—se rinde Pamplona conciliando así victoriosamente en Navarra la llamada «Guerra de la Constitución», primera lucha civil de nuestro siglo.

DESPUES.....

Durante la década siguiente en que Fernando VII, repuesto en sus viejas atribuciones reales, gobierna a la antigua usanza, don Santos Ladrón fué Gobernador Militar de Navarra y la persona mas prestigiosa y querida en la región.

A los pocos años, sin embargo, desapareció la tranquilidad y la confianza en los espíritus amantes de la Religión y el Trono que se habían identificado con la causa realista. El Rey, sin ver el profundo sentido de la cuestión que en aquellas luchas se ventilaba, creyó que su destino estaba sobre los partidos, en la utilización de todos los hombres para su propio provecho y mantenimiento. Así, de modo insensible, a la muerte del Rey, los realistas se vieron nuevamente en el trance de ir a la guerra y someterse a un gobierno constitucional en el que figuraban todos los antiguos desterrados políticos.

Y es el propio don Santos Ladrón quien primero alza bandera en Navarra por D. Carlos (3 de Octubre del 33) poniéndose al frente de sus antiguos voluntarios.

Pero el primer encuentro con el enemigo tuvo resultados trágicos. Según unos, alguien atentó contra el Brigadier navarro administrándole en Los Arcos una droga mezclada con vino. Según otros, fué víctima de un acceso de enajenación mental del que había precedentes en sus últimos años. Lo cierto es que la llegada del enemigo le sorprende en un estado de pasividad y letargo mental, y, no acertando a dar órdenes, espera inconscientemente el ataque enemigo mientras los suyos confiaban en el nunca vencido jefe. En el momento del ataque se defiende personalmente con el sable, pero en estado de sonambulismo.

Conducido prisionero a Pamplona, y tras unos días de prisión en que el Gobierno vacilaba en dar tal campanada en Navarra y afrontar sus consecuencias, es fusilado el 15 de Octubre en el foso de la Ciudadela. Toda Navarra se conmovió. Zumalacárregui, su antiguo subordinado, se decidió a salir de Pamplona y tomar las armas por don Carlos. Con su muerte prestó don Santos el último servicio a la Causa a que había dedicado su vida: la indignación por su fusilamiento fué el chispazo que prendió en Navarra la guerra carlista de los Siete Años.

HACE FALTA UN DESAGRAVIO

Recientemente se ha despertado en Pamplona la preocupación por los monumentos. Los monumentos que el abuelo histórico de la capital de Navarra requiere y que Pamplona, a pesar de sus numerosas plazas y avenidas, no posee. Se discutió el tema ampliamente en la prensa y, si bien de la discusión no salió, a mi juicio, la luz, salieron, al menos, proyectos.

Pues bien, al poco de estallar la guerra carlista, don Carlos María Isidro dispuso, en orden de 17 de julio de 1834, que don Santos Ladrón de Cegama—primer General carlista—figurase como Capitán General en la Guía Oficial del Estado, y que se erigiese a su memoria un monumento en la plaza principal de Pamplona.

¿No sería oportuno hoy, cuando al cabo de más de un siglo, puede afirmarse en algún sentido que triunfaron las mismas armas que él empuñó y la Causa por la que murió, dar cumplimiento a la orden de Carlos V, aquél primer y gran Rey de la resistencia españolista?

Si Navarra es consciente de su significación histórica y de la idea que con su adscripción entusiasta al Carlismo ha ofrecido al mundo contemporáneo, no dudará en simbolizar su epopeya moderna en don Santos Ladrón de Cegama, primer caudillo de la causa realista, navarro, y mártir de la Causa, erigiéndole un monumento ecuestre en el comiento de la Avenida de Carlos III, por ejemplo, esa Avenida que parte de la «plaza principal de Pamplona» y termina en el monumento a los Mártires del Santo Ideal.

(1) ANDRES MARTIN (Cura párroco de Uztárroz) «Historia de la guerra de la División Real de Navarra contra el intruso sistema constitucional y su gobierno revolucionario». Pamplona, 1825. Y J. M. y R. «Memorias para la historia de la última guerra civil de España». Contiene los principales sucesos de Cataluña desde que se levantaron los primeros realistas hasta el fin de dicha guerra.—Barcelona, 1826.

BREVE NOTA BIBLIOGRAFICA

ANONIMO.—Carta de un ciudadano de Pamplona a otro sobre las ocurrencias en aquella ciudad desde que se publicó la Constitución.—Zaragoza, 1821.

ANONIMO.—Manifiesto que los Jefes y Oficiales de la guarnición de Pamplona hacen a la nación de las ocurrencias del 19 de Marzo, en dicha plaza.—Pamplona, 1822.

CARRION-NISAS.—Guerre d'Espagne en 1823.—Paris, 1825. CUSTINE, M. de.—L'Espagne sous Ferdinand VII. Paris 1838.

EGUILUZ T.—Discurso apologético de la lealtad española, (Sucesos en la época revolucionaria).—Madrid 1825.

ESPINOSA, Carlos.—Diario de los movimientos del ejército del 5.º distrito en el tiempo en que lo mandó el Mariscal de Campo D.—Madrid, 1822.

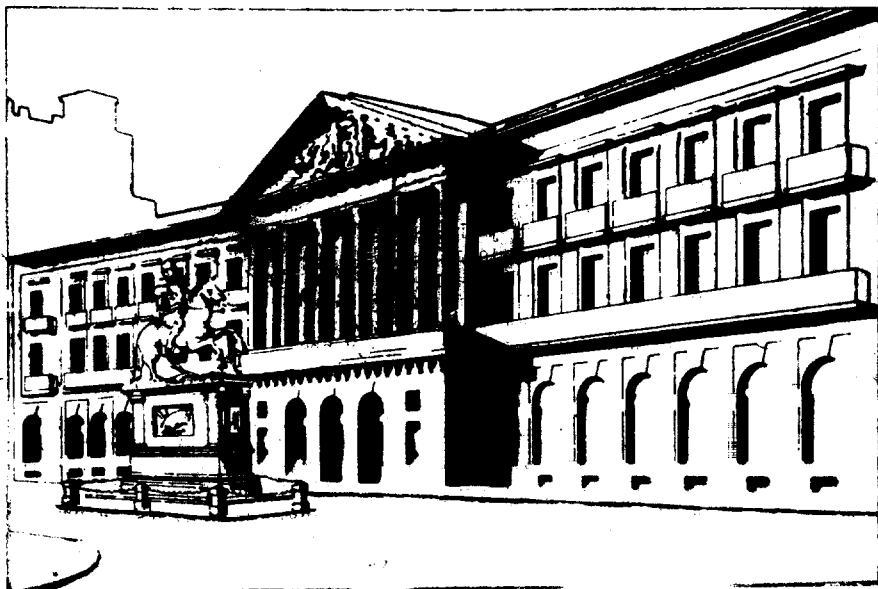
J. M. y R.—Memorias para la historia de la última guerra civil de España.—Barcelona, 1826.

MARCILLAC (Marqués de)—Histoire de la guerre d'Espagne. Campagne de Catalogne.—Paris, 1824.

MARTIN, Andrés.—Historia de la guerra de la División Real de Navarra contra el intruso sistema llamado constitucional y su gobierno revolucionario.—Pamplona, 1825.

MINANO, Sebastián.—Histoire de la révolution d'Espagne de 1820-23, par un espagnol, témoin oculaire.—Paris, 1834.

MIRAFLORES (Marqués de)—Apuntes histórico-críticos para escribir la Historia de la revolución de España de 1820 a 23.—Londres, 1834.



Visión hipotética del monumento a D. Santos